

UN GRITO

Todo el día con el fuego de gas encendido había conseguido que los cristales de la puerta quedaran empañados, eran de esos de color miel que tienen como forma de cuadrícula.

Intentaron muchas veces entrar, pero no lo lograron, por suerte la llave, dada una vuelta había evitado el encuentro. Aunque las sombras y los bultos de las que allí dentro, delataron su presencia, por no hablar de los gritos y las voces, que desde más allá de la calle se oían.

A media tarde, cesó el trajín de las puertas, se calmó el vaivén de todas ellas y de las que las empujaban. Ya solo había silencio, calma y frío. El prelude de lo que estaba por venir, la antesala oscura de la llegada de la turba de sombras, el momento justo anterior a que termine la cuenta atrás del despegue de un cohete y después, todo escándalo, todo ruido y todo luz.

Un golpe seco para abrir la chaveta de la portona, un crujido de las maderas de las dos hojas abiertas al tiempo y de frente un túnel blanco, que al fondo alberga las postas de colores que se van a disparar y van a salir sin rumbo fijo, a caracolear, a desencajar la serenidad del que mira y a despertar al que no mira.

Un solo grito, una sola voz y los cristales empañados se llenan de luz, las sombras brillan y el sosiego se rinde en la calma de la hora bruja.

GUIRRIO GUIRRIO GUIRRIO

Agripina Campazas.

